

»Volvió á entrar Mohammed trayendo el desayuno en una bandeja. Le dije:

»—Allouma se queda en casa. Alfombrarás la habitación que hay al final del corredor, y harás venir para que la sirva, á la mujer de Abd-el-Kader-el-Hadara.

»—Sí, señor.

»No hubo más.

»Una hora después, mi hermosa árabe estaba instalada en una habitación amplia y clara; y como yo fuera á cerciorarme de que todo marchaba bien, la joven se me acercó para pedirme en tono de súplica, que le regalase un armario de espejo. Se lo prometí, dejándola luego sentada sobre una alfombra de Djebel-Amor, con un cigarrillo en la boca y charlando con la vieja árabe que mandé llamar, como si se conocieran de muchos años.



II

DURANTE un mes fui muy dichoso con ella, habiéndome aficionado de un modo extraño á aquella criatura de raza distinta á la mía, y que se me antojaba casi de otra especie, como nacida en un lejano planeta.

»No la amaba, no; no se ama á las muchachas de ese continente primitivo. Entre ellas y nosotros, aun entre ellas y sus machos naturales, los árabes, nunca se abre la florecilla azul de los países del Norte. Están demasiado cerca de la animalidad humana, tienen un corazón demasiado rudimentario, una sensibilidad muy poco refinada para despertar en nuestras almas esa exaltación sentimental que constituye la poesía del amor. Nada intelectual, ninguna embriaguez ideal se une á la sensual embriaguez que en nosotros provocan esos seres encantadores y nulos.

»Nos dominan, sin embargo; nos sujetan como las

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

otras, pero de un modo distinto, menos tenaz, menos cruel, menos doloroso.

»No podría explicar con precisión lo que sentía por aquella mujer. Decíale á usted, hace poco, que este país, esta África desnuda, sin artes, exenta de todos los goces intelectuales, conquista poco á poco nuestra carne con un encanto desconocido y poderoso, con la caricia del aire, con la constante dulzura de sus crepúsculos, con su luz deliciosa, con el discreto bienestar en que baña todos nuestros órganos. Pues bien; Allouma me conquistó de igual manera, con mil atractivos ocultos, poderosos y físicos, con la penetrante seducción, no de sus besos, pues adornábala una negligencia verdaderamente oriental, sino con sus dulces abandonos.

»Dejábala en libertad de entrar y salir á su antojo, y cada dos días iba á pasar una tarde en el campamento vecino con las mujeres de mis agricultores indígenas. Pasábase también mañanas enteras mirándose en la luna del armario de caoba que le había hecho traer de Miliana. Admirábase á conciencia, de pie, ante la gran puerta de cristal, donde seguía sus movimientos con atención profunda y grave. Caminaba con la cabeza ligeramente echada

hacia atrás, para examinar sus caderas; se volvía, alejábase y se acercaba, y después, cansada al fin de moverse, sentábase en un cojín y permanecía frente á sí misma, con los ojos en los ojos, grave el semblante y absorta el alma en aquella contemplación.

»Muy pronto observé que salía casi todos los días después del almuerzo, para no volver hasta por la noche.

»Algo inquieto, pregunté á Mohammed si sabía lo que podía hacer durante aquellas largas horas de ausencia. Me respondió tranquilamente:

»—No te preocupe eso. Es que se acerca el Ramadán. Debe ir á hacer oración.

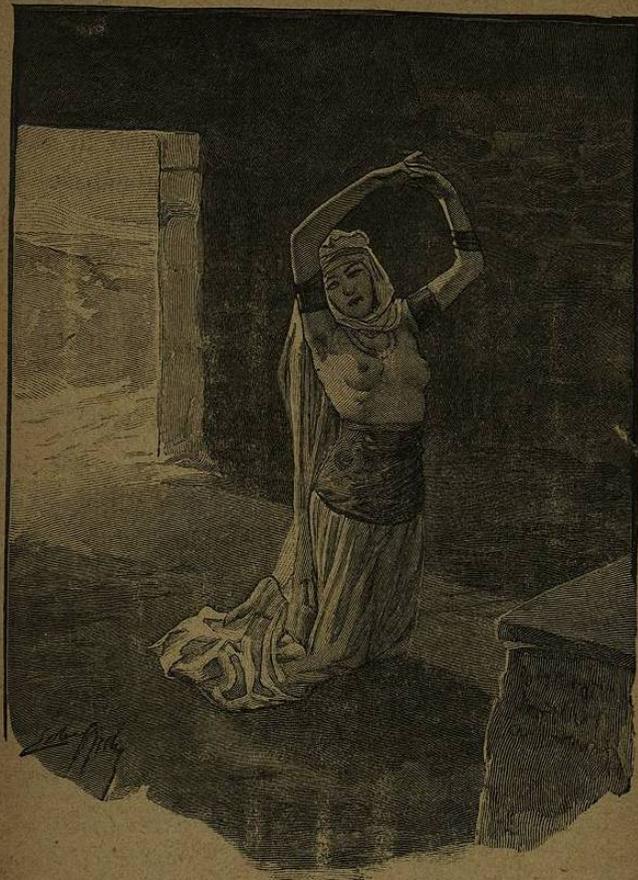
»Él también parecía encantado con la presencia de Allouma en la casa; pero ni una sola vez sorprendí entre ellos la menor señal sospechosa; ni una sola vez parecieron esconderse de mí, entenderse, ocultarme algo.

»Yo aceptaba la situación tal como la describo, sin comprenderla, dejando que obrase el tiempo, la casualidad y la vida.

»Muchas veces, después de inspeccionar mis tierras, mis viñas, mis desmontes, daba á pie largos

paseos. Ya conoce usted los hermosos bosques de esta parte de Argel, esos barrancos casi impenetrables donde los abetos derribados obstruyen los torrentes y esos vallecitos cubiertos de adelfas que, desde lo alto de las montañas, parecen tapices orientales extendidos á lo largo de los arroyos. Sabe usted que á cada momento, en esos bosques y esas orillas donde se diría que nadie ha penetrado, encuéntrase de pronto la blanca cúpula de una *koubba* en que se hallan encerrados los huesos de un humilde morabito, de un morabito aislado, á quien visitan apenas algunos fieles llegados del próximo douar con un cirio en el bolsillo para encenderle sobre la tumba del santo.

»Pues bien; una tarde, al volver de mi paseo, acerté á cruzar por delante de una de esas capillas mahometanas; y dirigiendo una mirada por la puerta constantemente de par en par, divisé una mujer que oraba delante de la reliquia. Era un delicioso cuadro aquella árabe sentada en el suelo del destartalado recinto en que el aire penetraba libremente reuniendo en los rincones, en montoncitos amarillentos, las finas hojas secas caídas de los pinos. Me acerqué para mirar mejor, y reconocí á Allouma. Ella no me



vió ni me sintió, entregada por completo á sus oraciones al santo. Hablaba á media voz, le hablaba,

creyendo estar sola con él, contando al siervo de Dios todas sus preocupaciones. A veces callaba unos segundos para meditar, para recordar lo que aún tenía que decirle, para no olvidar ninguna de las confidencias que debía hacerle; y animábase á veces también como si él la hubiese respondido, aconsejándole algo que ella no quería hacer y que combatía con razones.

»Alejéme sin hacer ruido, de igual modo que me había acercado, y me fuí á comer.

»Al anoecer, la llamé á mi aposento, viéndola entrar en él con una expresión de inquietud que de ordinario no tenía.

»—Siéntate ahí—la dije—haciéndole sitio á mi lado en el sofá.

»Obedeció; mas, como yo me inclinara hacia ella con intención de darle un beso, apartó la cabeza vivamente.

»Quedé estupefacto, y la pregunté:

»—¿Qué significa eso?

»—Estamos en el Ramadán.

»Yo me eché á reír.

»—¿Y te prohíbe el Morabito que te dejes abrazar durante el Ramadán?

»—¡Oh, sí! ¡tú eres rumí, y yo soy árabe!

»—¿Y fuera un pecado grave hacer lo que te pido?

»—¡Oh, sí!

»—Según eso, ¿no comiste hoy nada hasta ponerse el sol?

»—No; nada.

»—Pero, ¿comiste una vez puesto el sol?

»—Sí.

»—Pues bien; ya que es completamente de noche, no puedes ser más severa que para la boca para lo demás.

»Ella parecía crispada, ofendida, herida, y replicóme con una altivez que nunca le había visto emplear:

»—Si una muchacha árabe se dejase tocar por un rumí durante el Ramadán, quedaría maldita para siempre.

»—¿Y durará esto todo el mes?

»Ella respondió con convicción:

»—Sí, todo el mes del Ramadán.

»Tomé una expresión irritada y la dije:

»—Pues bien; puedes irte á pasar con tu familia ese Ramadán

»Ella tomó mis manos en las suyas estrechándolas contra su pecho.

»—¡Oh! ¡no seas malo—exclamó—, te lo ruego! ¡Ya verás qué bien me porto contigo! Haremos juntos el Ramadán, ¿quieres? Te cuidaré: te mimaré; pero no seas malo.

»No pude menos de sonreír; tan chocante era en su desolación; y la envié á dormir á su cuarto.

»Una hora después, al ir á acostarme, dieron en mi puerta dos golpecitos tan ligeros, que apenas los oí.

»—¡Adelante!—dije—y vi aparecer á Allouma con una gran bandeja llena de golosinas árabes; de croquetas azucaradas, fritas y salteadas, con toda una extraña pastelería de nómada.

La muchacha reía, mostrando sus hermosos dientes, y repitió:

»—Vamos á hacer juntos el Ramadán.

»Ya sabe usted que al ayuno, comenzado con la aurora y terminado con el crepúsculo, en el momento en que la vista no distingue un hilo blanco de uno negro, siguen todas las noches pequeñas fiestas íntimas en que se come hasta la madrugada. Resulta de esto que, para los indígenas poco escru-

pulosos, el Ramadán consiste no más en hacer del día noche y de la noche día. Pero Allouma llevaba más allá la delicadeza de conciencia. Depositó su bandeja entre los dos, sobre el sofá, y tomando con sus finos dedos una azucarada bolilla, me la puso en la boca murmurando:

»—Es muy bueno; cómetelo.

»Mastiqué el ligero pastel, que era excelente, en efecto, y la pregunté:

»—¿Lo has hecho tú?

»—Sí.

»—Para mí.

»—Sí; para ti.

»—¿Para hacerme soportar el Ramadán?

»—Sí; ¡no seas malo! Todos los días haremos lo mismo.



»¡Oh! ¡qué mes tan terrible pasé! Un mes azucarado, dulzarrón, irritante, un mes de cariñitos y tentaciones, de cóleras y vanos esfuerzos contra una invencible resistencia.

»Luego, cuando llegaron los tres días del Beiram, los celebré á mi manera y no volví á acordarme del Ramadán.

»Transcurrió el estío, que fué muy caluroso. Al comenzar el otoño, Allouma me pareció preocupada, distraída, indiferente á todo.

»Y, una noche, habiéndola hecho llamar, no la encontraron en su aposento. Pensé que vagaría por la casa y dí orden de que la buscasen al punto. Había salido y no había vuelto. Abrí la ventana y grité:

»—¡Mohammed!

»La voz del hombre acostado bajo su tienda respondió:

»—¡Mande el señor!

»—¿Sabes dónde está Allouma?

»— No, señor. Pero ¿qué dice usted? ¿Ha desaparecido?

»Pocos segundos después el árabe entraba en mi aposento, tan trastornado, que no podía dominar su turbación. Preguntóme:

»—¿Ha desaparecido Allouma?

»—Sí; ha desaparecido.

»—No es posible.

»—Búscala, pues—le dije entonces.

»Permanecía en pie, pensativo, buscando en su imaginación, sin comprender.

»Entró después en la habitación donde la ropa de Allouma cubría el suelo, en un desorden oriental. Todo lo examinó como un policía, lo olisqueó, mejor dicho, como un perro; en seguida, incapaz de hacer un esfuerzo profundo, murmuró con resignación:

»—¡Se ha marchado, sí, se ha marchado!

»Yo temía un accidente, una caída al fondo de un precipicio, é hice que se levantasen cuantos hombres había en el campamento, con orden de recorrerlo todo hasta encontrarla.

»Se la buscó toda la noche, todo el día siguiente, toda la semana. No se descubrió ni una sola huella que pusiera sobre su pista. Yo sufría, echábala de menos; mi casa parecíame vacía y desierta mi existencia. Ideas inquietantes cruzaban al propio tiempo mi cerebro. Temía que la hubiesen robado, asesinado tal vez. Pero, siempre que trataba de interrogar

á Mohammed y de comunicarle mis apréhensiones, él respondía invariablemente:

»—No; se ha marchado.

»Luego agregaba la palabra árabe «*r'ézale*», que significa «gacela», como para dar á entender que corría mucho y estaba muy lejos.

»Pasaron tres semanas y ya no esperaba volver á ver á mi querida árabe, cuando una mañana Mohammed, con el semblante radiante de alegría, penetró en mi aposento y me dijo:

»—¡Señor, Allouma ha vuelto!

»Salté de la cama, y le pregunté:

»—¿Dónde está?

»—¡Allá abajo, al pie del árbol! ¡No se atreve á venir!

»Y con el brazo extendido me mostraba por la ventana una mancha blancuzca al pie de un olivo.

»Vestíme y salí. Al acercarme á aquel lío de ropa blanca, que parecía tirado contra el retorcido tronco, reconocí los grandes ojos sombríos, las estrellas tatuadas, el semblante alargado y regular de la muchacha que me había seducido. A medida que avanzaba, apoderábase de mí la cólera, sentía un fuerte

deseo de golpearla, de hacerla sufrir, de vengarme.

»Desde lejos grité:

»—¿De dónde vienes?

»Ella no respondió y permaneció inmóvil, inerte, como si viviese apenas, esperando los efectos de mi furia, pronta á recibir mis golpes.

»Yo estaba en pie junto á ella, contemplando con estupor los harapos que la cubrían, aquellos pingajos de seda y lana cubiertos de polvo, desgarrados, miserables.

»Repetí, con la mano alzada como sobre un perro:

»—¿De dónde vienes?

»Ella murmuró:

»—De allá bajo.

»—¿De dónde?

»—De la tribu.

»—¿De qué tribu?

»—De la mía.

»—¿Por qué te marchaste?

»Viendo que no la pegaba, cobró algunos ánimos, y, en voz baja, añadió:

»—Era necesario... era necesario... No podía seguir viviendo en la casa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALF. R. D. ALYES"
1920. 1920 MONTERREY, MEXICO

»Vi lágrimas en sus ojos, y en seguida me enternecí como un animal. Me incliné sobre ella, y distinguí, al volverme para sentarme, á Mohammed, que nos acechaba desde lejos.

»Añadí, con mucha dulzura:

»—Vamos á ver: ¿por qué te marchaste?

»Entonces me contó que desde hacía mucho tiempo sentía en su corazón de nómada el irresistible deseo de volver bajo las tiendas, de tumbarse, de correr, de arrastrarse sobre la arena, de vagar con los rebaños de llanura en llanura, de no sentir sobre la cabeza, entre las estrellas amarillas del cielo y las estrellas azules de su rostro, más que la delgada cortina de tela gastada y recosida, á través de la cual se distinguen puntos de fuego cuando por la noche se despierta.

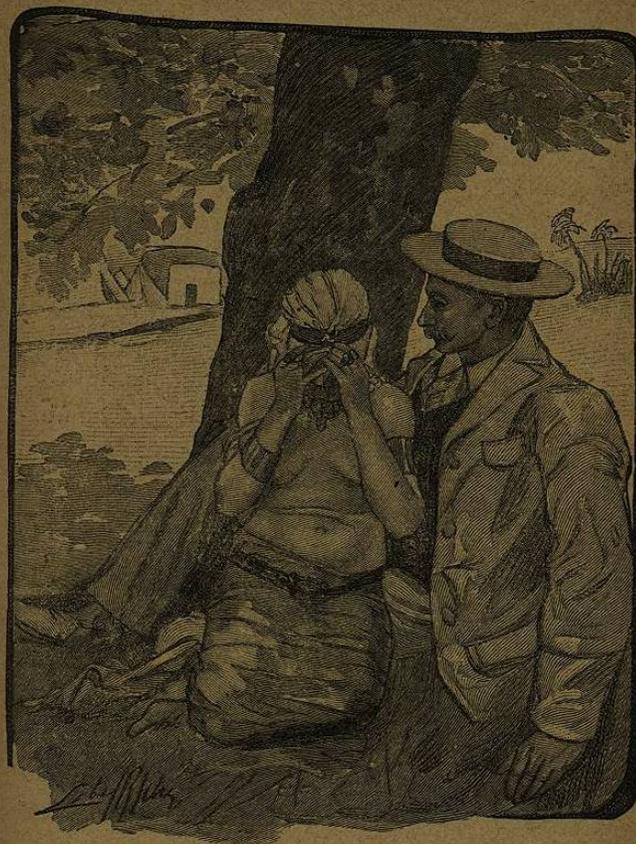
»Me hizo comprender esto con términos sencillos y enérgicos, tan justos, que me cercioré de que no mentía; sentí piedad por ella, y le pregunté:

»—¿Por qué no me dijiste que deseabas ausentarte por algún tiempo?

»—Porque no habrías querido...

»—Prometiéndome volver, te hubiera dejado.

»—No me habrías querido creer.



»Refase al observar que ya no estaba enfadado, y añadió:

»—Ya ves, esto ha concluído; he vuelto á mi casa: heme aquí. Me hacía falta pasar unos días allá abajo. Ya tengo bastante; ya estoy curada. He vuelto y me siento bien. Estoy satisfecha. Tú no eres malo.

»—Vamos á casa—la dije.

»Se levantó. Cogí su mano, su fina mano de largos y torneados dedos; y triunfante con sus harapos, bajo la música de sus anillos, de sus brazaletes, de sus collares y sus placas, encaminóse gravemente hacia mi vivienda, donde nos aguardaba Mohammed.

»Antes de entrar, repetí:

»—Allouma, siempre que quieras volver á tu país, pídemelo para ello; te lo daré.

»Ella me preguntó con desconfianza:

»—¿Me lo prometes?

»—Sí; te lo prometô.

»—Pues yo también te lo prometo. Cuando me sienta mal—y se llevó las manos á la frente con un gesto magnífico—te diré: «Necesito ir allá abajo.» Y tú me dejarás marchar.

»La acompañé á su aposento, seguido de Mohammed, que llevaba agua, pues todavía no se había

podido comunicar á la mujer de Abdel-Kader-el-Hadara que su ama había vuelto.

»Allouma entró, vió el armario de espejo y, con el rostro iluminado, corrió á él como se corre hacia una madre á quien se ve después de creerla perdida. Miróse breves segundos, hizo una mueca, y luego, con voz en que se notaba algún enfado, dijo al claro cristal:

»—Aguarda; tengo vestidos de seda en el armario. Muy pronto seré hermosa.

»La dejé sola, haciendo la coqueta ante sí misma.

»Nuestra vida volvió á ser como antes, sufriendo yo más cada vez el atractivo singular, enteramente físico, de aquella mujer por quien sentía al propio tiempo una especie de desdén paternal.

»Durante seis meses todo marchó bien; un día observé que volvía á estar nerviosa, agitada, algo triste. Díjela entonces:

»—¿Qué te pasa? ¿Quieres volver á tu tribu?

»—Sí, quiero ir allá.

»—¿No te atrevías á decírmelo?

»—No me atrevía.

»—Pues márchate cuando quieras; te lo permito.

»Cogió mis manos y las besó, cosa que hacía en todos sus impulsos de agradecimiento, y, al siguiente día, ya no la encontré en casa.

»Regresó como la otra vez, al cabo de tres semanas próximamente, y como entonces, andrajosa, renegrida por el polvo y el sol, harta de vida nómada, de arena y de libertad. En dos años fué cuatro veces á su país.

»Recibíala yo siempre alegremente, sin celos, porque para mí los celos no pueden nacer más que del amor tal como le comprendemos nosotros. Cierto que la habría podido matar si la hubiere sorprendido engañándome; pero la habría matado casi como se mata por pura violencia á un perro que desobedece. No hubiera sentido esos tormentos, ese fuego roedor, esa enfermedad horrible: los celos del Norte.

»Acabo de decir que hubiera podido matarla como se mata á un perro desobediente. Amábala, en efecto, casi como se ama á un animal rarísimo, perro ó caballo, imposible de reemplazar. Era una bestia admirable, una bestia sensual, una bestia de placer con cuerpo de mujer.

»No podría decir áusted qué distancia inconmen-

surable separaba nuestras almas, aunque nuestros corazones se hubiesen tal vez rozado en ciertos momentos y dado calor el uno al otro. Era Allouma algo de mi casa, de mi vida, una necesidad para mí, hombre materializado que no tiene más que ojos y sentidos.

»Una mañana, Mohammed entró en mi alcoba con una extraña expresión en el semblante, con esa mirada inquieta de los árabes, que se asemeja á la mirada medrosa del gato frente al perro.

»Viéndole de aquel modo le pregunté:

»—¿Qué hay? ¿qué sucede?

»—Allouma se ha marchado.

»Yo me eché á reír.

»—¡Se ha marchado! Y ¿á dónde?

»—¡Se ha marchado para siempre, señor!

»—¡Cómo! ¿para siempre?

»—Sí, señor.

»—Tú estás loco, muchacho.

»—No, señor.

»—¿Porqué se ha de haber marchado? ¿Y cómo? A ver, explícate.

»El permanecía inmóvil, no queriendo hablar; después, de repente, tuvo una de esas explosiones

de cólera árabe que nos obligan en las calles de las ciudades á pararnos ante dos energúmenos, cuyo silencio y gravedad orientales dan brusca-mente lugar á las más extremadas gesticulaciones y á las vociferaciones más escandalosas.

»Y comprendí en medio de sus gritos que Allouma había huído con mi pastor.

»Tuve que calmar á Mohammed é irle arrancan-do uno á uno los detalles de lo ocurrido.

»Larga fué la tarea; por fin supe que, desde ha-cía ocho días, espiaba á mi querida, que tenía citas en el vecino bosque de cactus ó en el barranco de las adelfas, con una especie de vagabundo reci-bido como pastor por mi intendente, á fines del mes anterior.

»La pásada noche, Mohammed la había visto salir y no la vió volver; y repetía, exasperándose:

»—¡Se ha marchado, señor; se ha marchado!

»No sé por qué; però su convicción, la convicción de aquella fuga con el vagabundo, se apoderó de mí en un instante, absoluta, irresistible. Aquello era absurdo, inverosímil y cierto, en virtud de lo irracional, que es la única lógica de las mujeres.

»Encolerizado, con el corazón oprimido, trataba

de representarme las facciones de aquel hombre; y recordé de pronto que la semana anterior le había visto de pie sobre un montón de piedras, enmedio de su rebaño y mirándome fijamente.

»Era una especie de beduino, alto, en quien el color de los miembros desnudos se confundía con el de sus harapos; un tipo de bruto bárbaro, de pronunciados pómulos, nariz encorvada, barba salien-te y secas piernas; un alto esqueleto vestido de harapos y con traidores ojos de chacal.

»No me cabía duda; sí, había huído con aquel mi-serable. ¿Por qué? Porque era Allouma una hija de la arena. Otra, en París, hija de la acera, hubiera huído con mi cochero ó con cualquier holgazán del arroyo.

»—Está bien — dije á Mohammed—. Si se ha mar-chado, peor para ella. Tengo que escribir unas car-tas. Déjame solo.

»Se retiró, sorprendido por mi calma. Yo me le-vanté, abrí la ventana y aspiré á grandes bocanadas, que me llegaban al fondo del pecho, el asfixiante aire del Sur, pues el siroco soplaba.

»Luego me dije:

»¡Qué remedio! Es una... mujer como tantas otras.

¿Sabe alguien lo que les hace obrar, lo que les hace amar, seguir ó abandonar á un hombre?

»Si, se sabe en ocasiones... generalmente nadie lo adivina. A veces, se sospecha.



»¿Por qué desapareció con aquel bruto repugnante? ¿Por qué? Tal vez porque desde hace algún tiempo el viento viene del Sur casi de ordinario.

»¡Eso basta! ¡Un soplo! ¿Sabe ella, saben ellas, generalmente, aun las más listas y perspicaces, por qué obran? ¡Como lo sabe la veleta girando al viento! Una brisa insensible mueve la flecha de hierro, de cobre, de palastro

ó de madera, lo mismo que una influencia imperceptible, una impresión inexplicable agita é impulsa á las resoluciones el mudable corazón de las

mujeres, ya sean de la ciudad, del campo, del arrabal ó del desierto.

»Pueden saber luego, si razonan y comprenden, por qué hicieron aquello y no lo otro; pero lo ignoran por el momento, porque son juguete de su caprichosa sensibilidad; aturcidas esclavas de los acontecimientos, del medio ambiente, de las emociones, de los encuentros y de todos los rozamientos que estremecen su alma y su carne.

El señor Auballe se había puesto en pie. Dió unos pasos, me miró y dijo sonriendo:

—¡Ahí tiene usted un amor del desierto!

Le pregunté:

—¿Y si volviera?

—¡Indecente muchacha!—murmuró—¡Mucho lo celebraría, á pesar de todo!

—¿Y perdonaría usted al pastor?

—Naturalmente. Tratándose de mujeres, el hombre debe siempre perdonar... ó ignorar.

